



Humphrey Slater
El conspirador



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

HUMPHREY SLATER

El conspirador

Traducción de
Montserrat Gurguí y Hernán Sabaté

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

I

El comandante Desmond Ferneaux-Lightfoot, miembro de la Guardia de Granaderos, había conocido a Harriet Frodsham pocas semanas después del final de la guerra. Aquel invierno la vio con frecuencia y, en los últimos tiempos, había comentado en más de una ocasión cuánto le gustaría casarse.

Harriet se sentía sumamente halagada de que Desmond la invitara a salir tan a menudo con él al teatro y a clubes nocturnos, y aquellas conversaciones recurrentes sobre el matrimonio le causaban regocijo. Sin embargo, la exasperaba cada vez más la manera cautelosa en que él evitaba mencionar, entre tantas palabras, quién era la mujer que tenía en mente.

Aquella conducta evasiva le sorprendía, pues no casaba en absoluto con la actitud optimista de él y su seguridad en sí mismo. Desmond sabía que no había ningún motivo práctico que le impidiera contraer matrimonio con quienquiera que se le antojase. Tenía treinta y un años, disponía de dinero y era extraordinariamente guapo. A principios de verano Harriet había llegado a la conclusión de que el motivo de su curiosa indecisión era que la encontraba demasiado joven, y empezó a resignarse al hecho de que era infantil, en efecto, esperar que alguien tan adulto y decoroso la considerase una esposa adecuada.

Harriet había decidido que, pese a que él fuera terriblemente atractivo en algunos aspectos, su corrección absoluta y permanente no estaba hecha para ella. Y entonces, una mañana de principios de junio, se quedó atónita al recibir

una llamada suya desde el campo en la que le decía apresuradamente, casi en un tono de apremio histérico, que no soportaba llevar tantos días separado de ella. Le contó que estaba con una tía anciana y seis primos pequeños y que le había confiado a su tía que en Inglaterra había conocido a la joven más encantadora del mundo, y que intentaba convencerla de que se casara con él. A la tía Jessica le había complacido la noticia, explicó, tanto como si fuese a ella a quien hubiesen pedido en matrimonio, y había propuesto que la invitara de inmediato a pasar el fin de semana en Gales. Podía tomar el tren rápido hasta Ruabon y él iría a buscarla en coche a la estación.

Harriet había decidido aparentar madurez y serenidad y, tras esperar un segundo durante el cual se mordió el labio superior hasta hacerse daño, consiguió adoptar un sofisticado tono de falso candor.

–¿Vas a proponerme matrimonio? –preguntó.

–Espera y verás –replicó él.

–No puedo ir –dijo ella.

–¿Por qué no?

–La ropa limpia no llega hasta pasado mañana y no tengo qué ponerme...

Discutieron durante seis minutos y al final quedó decidido que viajaría aquella misma noche.

Harriet colgó y extendió los brazos en la tercera posición de baile; danzó alrededor del sofá y decidió que sus pasos no eran exactamente los correctos, por lo que volvió atrás y arrancó de nuevo desde el punto donde había empezado, junto al teléfono. Saltó, hizo una pirueta, giró sobre sí misma con una precisión estudiada a la perfección y luego corrió al piso de arriba, al dormitorio de su madre, y miró en los cajones de la cómoda para ver qué ropa había allí que pudiera pedirle prestada.

A primera hora de la mañana siguiente, cuando Lightfoot se presentó a recogerla, llovía a cántaros. En la estación apenas había nadie y el mozo, un hombre menudo, llevó la maleta de cuero nueva de Harriet hasta el coche. Tras dejar atrás algunas casas, la carretera discurría sinuosa a través de un valle verde y profundo, en dirección a Bala.

El lago tenía poco interés; era gris acerado, plano y tenía muy pocos árboles a su alrededor. Harriet se preguntó si le parecía aburrido sólo porque no había oído hablar nunca de él. Quizás Ullswater se pareciera mucho pero dado que el distrito de los lagos había recibido tantas alabanzas, uno acababa viendo en él una belleza que nunca había existido realmente. Y, por supuesto, el Bala le habría producido mejor impresión, pensó, si hubiera podido detenerse a contemplarlo, en vez de verlo pasar a través de las gotas de lluvia en el parabrisas y con Lightfoot lanzado a ciegas a setenta por hora.

–Me habría gustado echar un vistazo al lago –dijo ella de repente.

Lightfoot respondió que les quedaba un largo camino por recorrer antes del desayuno y que esperaba que no estuviese cansada, pues en la casa había un surtido de seis niños a los que les había prometido un día de campo.

–Si sigue lloviendo, tendremos que dejarlo para otro día –señaló ella.

–Ni lo sueñes –replicó él–. Tú no conoces a esos niños, desatarían una revolución.

–Pillarán una neumonía.

Lightfoot dijo que así tendría que ser: le habían hecho prometer por su honor que irían tanto si llovía como si no. Y en cualquier caso, añadió, aunque no se lo hubiese prometido, no se sentía capaz de afrontar la decepción que se llevarían. Había que tener en cuenta con qué vehemencia y desesperación se ilusionaban los niños con los planes.

Harriet estuvo de acuerdo en este punto, pero deseó haber llevado ropa más vieja, sobre todo teniendo en cuen-

ta que Lightfoot vestía unos pantalones de franela gris salpicados de barro y una gastada chaqueta de tweed con ribetes de cuero rozados y sucios.

Estudió su perfil y se sintió un poco consternada al advertir la rigidez de su barbilla y su dura expresión de experto mientras cambiaba de marcha, antes de lo que lo haría cualquier otro, en las cuestas empinadas. Parecía correr más cuando el coche subía que cuando la carretera era llana y, mientras cambiaba de marcha en silencio y aceleraba suave y progresivamente, su expresión era de triunfo.

Estaba por completo absorto en el coche y no le prestaba ninguna atención, por lo que Harriet se sintió olvidada y se preguntó cuándo iba a proponerle que se casaran. En la estación, bajo la lluvia y mientras ella intentaba encontrar el billete y, con las manos enguantadas, cortar la parte del viaje de vuelta, no había sido un buen momento; al llegar al coche, Desmond se había ocupado de su maleta y, desde entonces, sólo había habido colinas y el cambio de marchas.

Supuso que, cuando llegaran a la casa, la acompañarían a su habitación, tomaría un baño y bajaría a desayunar con la familia. No era probable que él entrara en la alcoba mientras ella se estuviera vistiendo, por lo cual era probable que no volviera a presentarse una buena oportunidad hasta que empezaran a organizar la comida campestre. Quizá Desmond se las arreglaría para quedarse a solas con ella en algún rincón, preparando emparedados o llenando mochilas para la excursión. Pensó en lo excitantes que se veían sus manos morenas sobre el volante; llevaba las uñas muy cuidadas, pero desacostumbradamente largas, y Harriet no supo muy bien si le resultaban atractivas o repulsivas.

Lightfoot condujo con energía por la accidentada carretera que discurría entre los páramos. Durante unos diez kilómetros no encontraron casas ni vallas, mientras las pequeñas montañas desiguales se dibujaban en tonos gris os-

curo y carbón detrás de la lluvia. No había tráfico en ninguna dirección; sólo tachonaban el paisaje unos corderos sucios y unos bueyes flacos, negros como el hollín. A Harriet se le antojó un lugar remoto y romántico y pensó que, si fuese un hombre, sería en un lugar como aquél donde habría declarado su amor. Harriet habría detenido el coche y habría salido a disfrutar de la lluvia y de aquella soledad silvestre.

Lightfoot siguió conduciendo con la mirada pendiente de la carretera, atento a si aparecía algún cordero descarriado. Pareció que transcurría una eternidad hasta que llegaron a una granja, donde una barrera cortaba la carretera. Un viejo se acercó a la ventanilla del coche y les comunicó que la tarifa era de seis peniques; el caballero se había olvidado de pagar aquella mañana, cuando había cruzado a la ida. En tono bastante jovial, Lightfoot le dijo al hombre que intentar cobrar peaje era un delito y le informó de que en toda Inglaterra las barreras con peaje habían sido abolidas por ley en el siglo XIX y que por ello se sentía obligado a protestar.

—Pueden meterlo en la cárcel, o al menos multarlo, por exigir dinero —sonrió Lightfoot.

El viejo se asustó y, arrastrando los pies, se acercó al cierre y abrió la barrera lo justo para que pasase el vehículo. Harriet se volvió y lo vio allí plantado, observando con aire abatido el coche que se alejaba, como si temiera que fuesen directamente a denunciarlo a la policía.

A Harriet le disgustaba profundamente la vena de pomposidad que apreciaba en el carácter de Lightfoot y, por un segundo, empezó a dudar de que pudiera llegar a enamorarse de verdad de aquel hombre. Se volvió hacia él y le dijo:

—Tendrías que haber pagado los seis peniques.

A Lightfoot conducir lo había puesto eufórico, y se había comportado de una manera ostentosa para impresionar a Harriet. La reacción de la muchacha le sorprendió y le pi-

dió disculpas por haberla avergonzado. Luego, volvió a explicarle con paciencia que las carreteras eran libres. Lo ilegal era que aquel hombre quisiera cobrar peaje. En realidad, si cedían y le daban el dinero, ellos también cometerían un delito del que podían acusarlos.

–¿Y por qué iba a estar bajo la lluvia abriéndote la portilla a cambio de nada? –dijo Harriet en tono hostil–. Te ha ahorrado la molestia de bajar y hacerlo tú mismo. Se merecía una propina.

Lightfoot continuó conduciendo, pensativo, y finalmente redujo la marcha y se detuvo en un margen de hierba. Encendió un cigarrillo y dijo que, en realidad, ella estaba en lo cierto. No tenía que haber permitido que el hombre trabajara para él sin cobrar. Y si no estaba dispuesto a pagar, lo lógico era que abriese la puerta él mismo.

A Harriet le pareció que decía todo aquello de una manera un tanto mecánica, y cuando dio media vuelta con el coche y aceleró colina arriba hasta la barrera, parecía irritado. Condujeron en silencio, y la pretenciosa manera en que él se apeó, pidió disculpas y le dio un billete de una libra al hombre no aplacó a Harriet. Mientras se alejaban, la muchacha se volvió para mirar de nuevo y se avergonzó de divertirse un poco a costa de la expresión del viejo, que denotaba aún más terror que la primera vez.

La casa en la que vivía la tía de Lightfoot había sido construida doscientos años atrás y era de una piedra gris tan oscura que casi parecía negra. Rodeada de sombrías montañas galesas por todas partes, dominaba un rústico valle cultivado sólo a medias. La calzada hasta la casa estaba bordeada de cuidados setos de hierba y la gravilla se veía meticulosamente rastrillada. El gran jardín era elegante y estaba bien atendido. Un brillante césped verde se extendía como una alfombra recién tendida hasta la piscina, situada en uno de los lados de la casa, y hasta una tapia alta, con

melocotoneros de largas ramas, en el otro. Cuando el coche se detuvo, una niña asomó la cabeza por una ventana del piso de arriba y saludó con frenesí por unos segundos, hasta que una mano roja y rechoncha la agarró por el cuello, tiró de ella hacia dentro y cerró de golpe la ventana.

Un joven criado que vestía un mono azul tomó la bolsa de Harriet y preguntó, con el musical acento de Gales, si la señorita Frodsham sería tan amable de seguirlo a su habitación; ella así lo hizo y dejó a Lightfoot al pie de una amplia escalera, mirándole los talones y las piernas con una expresión patética, pensó ella. Le gustaba más con aquel aire de desamparo y, cuando llegó al descansillo, lo saludó con la mano y sonrió. Parecía tan contrito y tan apenado por perderla de vista, que ella le perdonó la arrogancia y la crueldad que había mostrado con el hombre de la valla.

Mientras Harriet tomaba un baño, oyó que sonaba la atronadora llamada para el desayuno del gong del vestíbulo. Se secó, se apresuró a vestirse con su ropa más vieja y bajó sin tomarse la molestia de maquillarse o de pintarse las uñas.

La tía de Lightfoot, Jessica, servía té y leche a seis niños sentados a una inmensa mesa cubierta con un mantel de lino blanco. Se fijó en las manos de Harriet y se sintió aliviada porque había esperado que irrumpiera en la habitación una debutante consentida con las uñas pintadas y segura de sí misma. Le estrechó la mano y luego la presentó con toda formalidad a cada uno de los niños. Éstos dijeron: «Es un placer conocerla», con cortesía bien aprendida y guardaron silencio, esperando con suspicacia a que Harriet hiciera o dijera algo a partir de lo cual juzgar qué tipo de persona era. Cuando la tía Jessica hubo servido el *porridge* a todos ellos en siete boles marrones, le preguntó a Harriet si había tenido un buen viaje y, de improviso, añadió:

–Eres demasiado joven para casarte con Desmond.

–No importa, porque él no me lo ha pedido –replicó Harriet en el tono de voz más sensato que pudo.

La tía Jessica estudió atentamente a Harriet, como si fuera un caballo en venta.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó.

–Diecisiete.

–¿Desde cuándo?

–Desde hace unos meses.

–¿Cuántos?

–Dos.

–¿Te gusta Desmond?

–Sí. Bueno, en parte.

Becky, la niña de más edad, alzó la vista con gravedad y dijo:

–Un novio no te puede gustar sólo a medias.

La tía Jessica siguió estudiando a Harriet y, finalmente, sentenció:

–Entonces, apoyaré esta relación.

Harriet comió tres cucharadas de aquel delicioso *porridge* y la tía Jessica añadió irresponsablemente:

–La madre de Desmond era más joven que tú cuando se casó. No le fue bien.

–En aquella época, la gente se casaba joven –replicó la muchacha.

–Desde luego. Y su padre tenía veinticinco años, lo cual tal vez explique el fracaso del matrimonio.

–¿Qué ocurrió?

–No tengo la menor intención de hablar sobre el asunto –dijo la mujer.

Harriet terminó el *porridge* y luego ayudó a repartir los platos de tocino y tomate entre los chicos. Se alegró cuando Desmond apareció, pues la conversación le había resultado más fastidiosa de lo que la tía Jessica sospechaba.

Mientras esperaba el tren, Lightfoot había comprado todos los periódicos de la mañana. Entregó el *Telegraph* a su tía, le tendió el *News Chronicle* a Harriet, repartió el resto entre los niños mayores y se quedó con *The Times*. Todos leyeron las noticias y pasaron los platos para que les sirvie-

ran más comida; los niños enseguida empezaron a cuchichear y pronto estaban hablando, parlotando y discutiendo acerca del *picnic* sin ninguna timidez.

Becky, una chica de trece años, morena y de ojos azules, hablaba suavemente sin darse aires de superioridad y parecía menos consciente de su madurez que Adrian, que tenía doce y era delegado de curso en la escuela donde se preparaba para ingresar en Eton. Annabel, de diez, era rubia y locuaz, y Cooty, una niña de la misma edad, era más baja y aún más parlanchina. John, un chiquillo fuerte de nueve años, apenas hablaba, y Nicko, que contaba seis, parecía siempre muy atento para poder seguir la conversación de los demás y que no lo excluyeran.

Discutieron en voz alta sobre el lugar donde tendría ocasión la comida campestre; cada uno de ellos sostenía una opinión distinta, aunque a ninguno se le ocurrió preguntar a Lightfoot, quien, bien lo sabían, ya tenía decidido el asunto; aun así, los más insistentes lo miraban mientras hablaban, como si trataran de provocarlo para que revelase el secreto.

Desmond dijo con aire melancólico que el grupo saldría, siguiendo órdenes secretas, al cabo de una hora, exactamente, y que habría transporte para la primera parte del recorrido. Todas las tropas llevarían impermeable, lloviera o hiciera buen tiempo.

—Apuesto a que iremos otra vez al estuario —comentó Adrian.

—No puede ser —dijo Cooty—. No ha dicho nada de los trajes de baño.

—A veces nos bañamos desnudos —terció Annabel.

—Tampoco ha dicho una palabra de toallas —replicó Adrian—. Y hay que llevarlas sí o sí.

Desmond preguntó a la tía Jessica su opinión sobre el tiempo y la mujer dijo que lo más probable era que lloviera todo el día. Ella no pensaba salir de casa bajo ningún concepto.

–¿Por qué? –quiso saber Cooty.

–Porque no quiero que se me moje la peluca.

La tía Jessica había perdido todo el pelo a consecuencia de un tifus que había padecido en Malasia muchos años antes, y no le había vuelto a crecer. Llevaba las cejas pintadas sobre su piel lisa y la verdadera razón de que no quisiera salir de casa cuando caía un buen chaparrón era que el lápiz negro se le corría. Desde el principio se había tomado con valentía lo de la peluca, y a menudo hacía broma sobre ella con sus nietos, pero el asunto de las cejas todavía la entristecía y la avergonzaba, y casi nunca reconocía, ni siquiera para sí, que eran artificiales.

Desmond no se había dado cuenta, pero sabía que a su tía no le importaba demasiado la peluca y, por lo tanto, no se creyó la excusa. Harriet hizo cuanto pudo para convencerla de que fuera con ellos. Los niños se apuntaron a la porfía y Harriet, que era casi una niña y a quien no le gustaba la idea de hacerse responsable de los seis pequeños todo el día, intentó persuadirla de que cambiara de idea. Como pensaba que sin un tercer adulto habría pocas oportunidades de tener una conversación íntima con Desmond, Harriet, con muy poco tacto, insistió demasiado y la tía Jessica se sintió seriamente molesta y zanjó la cuestión, muy enojada:

–Te ruego que dejes de darme la lata. No voy a ir. Y con eso está todo dicho.

A Harriet le sorprendió el mal humor de la tía Jessica, pero los niños lo pasaron por alto y Desmond le dedicó una sonrisa tranquilizadora y le dijo que sería mejor que se pusiera ropa más vieja. Parecía que iba a diluviar todo el día. A la muchacha le gustó que pensara que la chaqueta y la falda eran demasiado buenas y sintió una complicidad femenina con Becky, quien le recomendó:

–No te pongas medias. Se te romperían en pedazos.

Adrian replicó que no podía decir tal cosa porque nadie tenía aún la menor idea de adónde iban: por lo que sabían,

quizá sólo se tratase de ir a escuchar himnos galeses en el Ayuntamiento de Harlech.

Después del desayuno, Lightfoot estuvo tan ocupado en la cocina envolviendo los emparedados y metiéndolos en ocho mochilas suizas de distinto tamaño, que no le prestó ninguna atención a Harriet. Ella se marchó al salón, estuvo allí sentada un minuto y medio y luego se levantó y se encaminó lentamente, casi sin reparar en ello, a su habitación.

Le habían deshecho la maleta y encontró el impermeable verde colgado en el armario. Ojalá hubiese llevado un libro para leer, pensó. Se asomó a la ventana y contempló el valle y el mar, que se extendía a lo lejos.

En la ladera de una montaña cubierta de verde, algunos rayos de sol que caían oblicuos, como diagonales trazadas mecánicamente, iluminaban con su brillo retazos de tierra, y a lo lejos, el cielo azul relucía sobre el estuario. La lluvia gris caía en el jardín empapando los rododendros y repiqueteaba con insistencia en los cristales de las ventanas. Harriet pensó que tal vez abajo encontrara un libro, así que salió de su habitación, se subió a la barandilla y, sin demasiado interés, se deslizó por ella hasta el vestíbulo.

Se oían los gritos de los niños en lo alto de la casa, pero no parecía suceder nada más en ninguna otra parte. Consultó el reloj y pensó que faltaban unos diez minutos para la hora que había dicho Desmond. Encontró un puñado de revistas de humor en el salón tapizado de calicó y se sentó en la alfombra delante de la chimenea vacía a leer los chistes, pasando las páginas deprisa y sin sonreír.

Le pareció que pasaba muchísimo rato hasta que oyó voces de gente en el vestíbulo. Se resistió a moverse durante unos minutos, esperando que alguien la echase de menos y empezaran a buscarla, pero pronto advirtió lo idiota que era y, dejando las revistas por el suelo, se puso en pie y subió a su habitación a buscar el impermeable.

Cruzó el vestíbulo sin que ninguno de los niños le dirigiera la palabra. Desmond esbozó una sonrisa indiferente mientras ayudaba a Becky a ponerse la mochila. Luego, sin llamar la atención, corrió hacia la escalera detrás de Harriet y la tomó por el brazo y le dijo que tenía que hablar a solas con ella de algo importante. Entró en la habitación y cerró la puerta con llave. Le tomó la mano y le pidió que se sentara en la cama a su lado.

Harriet se sentó y acarició la hombrera de su chaqueta de tweed mientras él la tomaba por la cintura y la besaba en el cuello. Luego él se irguió y dijo que no tenían tiempo para coqueteos.

Sacó del bolsillo un mapa a gran escala y lo desplegó encima de la cama. Le mostró a Harriet la carretera que tomarían y el camino hasta la remota granja donde dejarían los coches. Señaló el contorno de un pequeño cerro arbolado y, con un lápiz, marcó el camino que lo rodeaba y que Harriet tendría que tomar con los niños. Él subiría por un atajo para llegar antes que los demás a una casita en ruinas, que era su destino. Verían el lugar cuando se hallasen a un kilómetro de distancia y él colgaría un pañuelo blanco en la ventana derecha del piso de arriba cuando estuviera preparado. Harriet tenía que cuidar de que los niños no se acercasen antes de ver la señal y, cuando estuviera segura de que aquél era el lugar, debía desplegar las tropas y dirigir el ataque.

Al principio, Harriet prestó poca atención a lo que Desmond decía, pero, después de hacerle unas cuantas preguntas y comprender la idea, descubrió a su pesar que el plan que él había concebido para divertir a los niños le resultaba emocionante. Trató de mostrarse antipática deliberadamente, pero los mapas siempre le habían gustado y pronto se contagió del entusiasmo infantil de Desmond y se rió e hizo sugerencias y contó las elevaciones y lo criticó por suponer que, a aquella altura, la visibilidad alcanzaría más allá de unos cuantos metros. ¿Y si había niebla y no en-

contraba la cabaña? Corrían el riesgo de perderse sin remedio en los páramos bajo la lluvia.

Desmond decidió que Harriet era exactamente el tipo de persona que le gustaba y que, ocurriera lo que ocurriese, iba a convencerla de que se casara con él. Admitió que, como él conocía tan bien la zona, no se había dado cuenta de que para un forastero podía ser difícil encontrar el camino. La felicitó –con condescendencia, le pareció a ella– por ser una joven tan sensata y le dijo que podía llevarse el mapa, si sabía cómo usarlo, y que también le prestaría una brújula de aceite del ejército. Ya se estaba poniendo en pie para ir a su alcoba a buscar la brújula cuando sonó un fuerte golpe en la puerta.

Desmond hizo girar la llave, abrió y la tía Jessica entró con aire severo.

–Desmond –dijo mirando el edredón arrugado–, creo que deberías tener más cuidado con la susceptibilidad de los sirvientes.

Desmond sabía que su tía no hablaba sólo del servicio, así que le pasó el brazo por los hombros y le dijo en tono persuasivo que estaban celebrando una reunión secreta del Estado Mayor para planificar la campaña del día. Habían cerrado la puerta para asegurarse de que los chicos no los interrumpirían. La tía Jessica no le creyó. Opinaba que, aun cuando fueran a casarse, tenían que comportarse con propiedad. Ella era responsable de Harriet y no le gustaba la actitud insinuante de su sobrino.

–Te prohíbo que entres en esta habitación –le dijo–. Sal de inmediato.

A continuación, se acercó a Harriet, que estaba junto a la ventana, y le pidió disculpas por haber montado aquella escena; dijo que, para ella, el culpable era Desmond y le pidió que la perdonase si había parecido poco hospitalaria. Harriet le apretó la mano y fue al armario a buscar el impermeable. Se lo puso y bajaron juntas. A la tía Jessica le desconcertaba que a Harriet no se le ocurriera nunca nada que